

Miguel Salomón

ALONSO CHRISTIANO

y las misteriosas luces de la pampa



ediciones
Assisi

Miguel Salomón

ALONSO CHRISTIANO

y las misteriosas luces de la pampa



ediciones
Assisi

LEGALES

A Gloria, mi esposa, mi vida...

“Yo soy una ciudadana alemana, la cual hace cuarenta y cinco años encontró en el Perú la razón de su vida: las Líneas de Nasca, “El tesoro científico del Perú”, las cuales representan para mí la realización de mi trabajo.

Aquí me he establecido, y aquí he de quedarme hasta el fin de mis días, para trabajar en medio del cariño de este hospitalario pueblo.

Este país, rico en maravillas, ofrece seguridad y posibilidades a todos aquellos que deseen investigar y esclarecer enigmáticos misterios, tomando como base la observación de las estrellas, legado de nuestros antepasados.

Yo los invito, científicos del mundo, a visitar mi país: el Perú”.

María Reiche

- CAPITULO UNO -

Samuel

Nasca, julio de 1932

-¡Corre, cholito! ¡Corre! -gritó Samuel, suplicando a Benigno que no se dejara alcanzar por el misterioso haz de luz que lo perseguía.

-¡Qué pasa! ¡Qué es lo que sucede! -gritaba Benigno mientras corría.

-¡No te dejes, cholo! ¡Sigue corriendo, por el amor de Dios! -continuaban los desesperados gritos de Samuel, entre las súplicas de José, quien no dejaba de rezar mientras seguía su loca carrera tras sus compañeros.

Y es que Samuel no lo terminaba de entender. Esa mañana, cuando les propuso a sus amigos ir a la pampa de noche, no se le ocurrió que fuese insensato. Por el contrario, le pareció que sería una excelente idea. “Además, la necesidad les urgía, había pensado Samuel. Él sabía que la situación era muy difícil por esos tiempos de recesión. No había trabajo, los artículos de primera necesidad escaseaban y el negocio de su padre, un hombre bastante entrado en años, hacía buen tiempo que estaba estancado. Su padre estaba ya agotado de tanto trabajo y preocupación, y su madre tenía que salir a la calle para ayudarlo con el magro presupuesto. Por esos días había demanda de artículos precolombinos debido a los ocasionales visitantes que llegaban atraídos por aquellas extrañas líneas que hacía unos pocos años habían descubierto en las pampas entre Nasca y

Palpa, así que “un negocito que prometía buen dinero les caería bien a nuestras familias”, había argumentado Samuel, ya que la misma situación pasaban sus compañeros. No tuvo dificultad para convencerlos.

Todo estaba saliendo bien. Faltaba poco para llegar a su destino: las faldas de las colinas que rodeaban a las pampas. Sabían que, enterrados allí, yacían una infinidad de valiosos objetos. Estaban ya muy cerca cuando, de un momento a otro, en la extrema oscuridad de la noche, un extraño y luminoso objeto de forma circular apareció de la nada y permaneció girando, suspendido en el aire sobre los tres amigos, a unos cinco metros del suelo. Su forma asemejaba dos platos unidos uno al otro por un espacio iluminado aparentemente por espejos, de donde emanaban luces multicolores. Difícilmente se podía distinguir el tamaño del extraño aparato volador. De pronto, de su base se encendió aquel haz de luz muy potente que los iluminó por completo.

Luego de quedar enceguecidos por unos segundos, Benigno, quien se sintió amenazado por aquella fulgurante aparición, comenzó a correr, presa del pánico. El extraño objeto volador, siempre con el haz de luz encendido, salió tras él. Unos segundos después, Samuel y José emprendieron la carrera, siguiendo al cholito a unos veinte o treinta metros de distancia.

Benigno siguió su alocada carrera internándose en un conjunto de rocas al pie de la montaña, las cuales le dificultaban seguir con su vertiginoso avance, hasta que se encontró en un callejón sin salida. Volteó en dirección a sus compañeros. El haz de luz lo había alcanzado. Cuando Samuel y José llegaron al callejón sin salida en que había quedado atrapado el cholo, frenaron su carrera y se detuvieron a unos diez metros de distancia. Pudieron distinguir la cara de pánico de su compañero. A los pocos segundos, la luz se desvaneció y el objeto luminoso, sin emitir ruido alguno, se elevó, desapareciendo entre las colinas bajas que flanqueaban la pampa.

Samuel y José se acercaron al lugar en que habían visto por última vez al cholo, pero no lo encontraron. Solo se escuchaba el sonido del viento. La oscuridad era total. Volvieron a distinguirse

las estrellas en el cielo y la hermosa franja de polvo cósmico que cruzaba el firmamento.

-¡Cholo! ¡Cholo! -llamaron sus compañeros con gritos desesperados. Pero el silencio de la pampa era total. Samuel caminó algunos segundos por los alrededores para ver si lo encontraba, pero era en vano: el cholo había desaparecido. José, muy asustado, se quedó paralizado donde estaba. Samuel seguía moviéndose de un lado a otro, mirando por todas partes. Luego se sentó sobre unas rocas en las faldas del cerro.

-¡Tú tienes la culpa! -le increpó José-. ¡Tú fuiste el de la idea de venir a la pampa de noche a pesar de que te advertimos que algo raro estaba ocurriendo!

-¡No creas en esas tonterías, José! Además, ¿cómo podíamos sacar los huacos a la luz del día? Esta es la mejor forma de ocultarnos para hacer lo que vinimos a hacer.

-¿Ocultarnos de quién? ¡Por aquí no pasa un alma, Samuel!

-No quería arriesgar esta oportunidad. Los turistas pagan muy bien por estas cosas. Ganaremos mucho dinero. Mira, para mí el cholo nos está jugando una broma.

-No me parece que esto sea una broma. Yo creo que son los espíritus de los muertos a los que les estamos robando.

-Nosotros no estamos robándole a nadie, estamos tomando lo que hemos heredado de nuestros antepasados. Es por necesidad de supervivencia. Piensa un poco, José, las cosas están muy difíciles y nuestros padres ya están viejos y agotados de tanto trabajar y no es justo que su esfuerzo solo alcance para la bicoca que reciben.

En medio de la oscuridad, un extraño brillo verdoso llamó la atención de Samuel. Se agachó. El brillo provenía de un pequeño objeto.

-¿Qué es esto? -exclamó, mientras lo recogía-. Hay una inscripción que no puedo distinguir. Alúmbrame aquí, José.

José se acercó y aproximó su farol hacia donde indicaba Samuel.

-No lo veo bien. ¿Me puedes dar más luz?

Un haz de luz cayó sobre el objeto que había encontrado Samuel. El destello era tan potente que la zona entera se encontró iluminada. Samuel giró lentamente hacia José,

sorprendido de la potencia de su farol. José levantó el farol mirándolo con extrañeza. Pero no era de su farol de donde salía tan poderosa luz. Los dos voltearon lentamente hacia el punto de donde provenía la intensa luminosidad y comprobaron lo que temían: la sorprendente luz que se había llevado a Benigno había regresado.

José, presa del pánico, soltó el farol, cayó de rodillas y empezó a rezar. Samuel se cubrió el rostro. Un segundo después la luz desapareció y el objeto volador hizo un movimiento de zigzag, se elevó hacia el cielo y se confundió entre las estrellas. El objeto que había recogido Samuel cayó nuevamente al piso.

Luego rodó, dibujando en su camino un pequeño círculo, hasta que finalmente chocó contra el farol que había caído de la mano de José. Poco rato después ambos objetos se hundieron en la arena. Los amigos se habían esfumado. Ya sin que hubiese en ellas señal de vida alguna, en las pampas de Nasca y Palpa volvió a reinar la absoluta oscuridad.